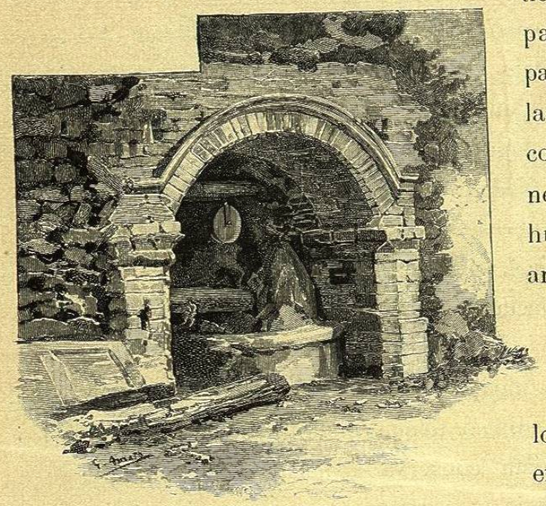
de la época, se hace difícil creer que pudieran en él tener cabida la familia de los príncipes, sus oficiales y sus servidores, y además los numerosos huéspedes que con frecuencia permanecían en su morada. A duras penas habrían logrado revolverse. Hay más aún: un estrecho aposento subterráneo, que abre junto á la calle, y que al parecer fué cuadra en otro tiempo, no tenía capacidad suficiente para albergar todas las caballerías de la corte. Debe suponerse, pues, que hubo otros edificios anexos. Un robusto muro semiderruído, que cierra por uno de los lados un patinejo exterior, en el cual se conserva todavía un antiguo pozo negro, constituía acaso la pared maestra de un importante anexo del palacio. Sea de esto lo que se quiera, lo que resta suscita la idea de un edificio mezquino, incómodo, demasiado estrecho para su elevación, algo que así participa de monasterio como de cárcel ó casa de alquiler sin concluir.



Pero ¿es posible, nos preguntábamos al atravesar aquel umbral, es posible que durante cien años, desde aquí fuese gobernado el Piamonte; que aquí fueran recibidos los legados del Pontífice y los embajadores del Imperio; que aquí se hospedara la esposa de Andrónico Paleólogo, emperador de Oriente? ¡Tristísimo desencanto!

* * *

Permanecimos un rato en el patinejo mirando á todos lados, descontentos, con un leve sentimiento de compasión hacia los antiguos príncipes, y luego subimos á los pisos superiores.

Hasta el mismo interior del palacio ofrece un triste aspecto de convento y hospital, resultante del enladrillado rojo vivo, de las paredes blancas y de los crucifijos negros, que se ven suspendidos en el fondo de los desnudos corredores, al través de los cuales proyectaba el sol acá y allá grandes rectángulos de dorada luz entrecruzados por los hilos de sombra que proyectaban las rejas de las ventanas. Nada interrumpía el profundo silencio, como de Trapa, que allí reinaba. El sagrado hospicio sólo cuenta al presente con tres conversos. ¡Qué mucho si es tan hermosa la estación! Hasta nosotros llegaba el feble rumor producido por uno que en el tercer piso hojeaba un libro, y de cuando en cuando, cerca de nosotros, distinguíamos el suave ruido resultante del roce discreto de hábitos monacales invisibles. Acariciaba nuestros rostros la brisa deliciosa proveniente de los Alpes...

Con el propósito de examinar su artesonado, del cual sólo restan contadas ménsulas toscamente esculpidas y torpemente jalbegadas, asomamos la cabeza á un aposento bastante capaz. ¿Fué por ventura la cámara nupcial, donde durmieron el sueño más grato de la vida las siete esposas de la casa de Acaya? ¿Quién podrá probarnos lo contrario? Al presente se ven en él dos largas filas de camas de enfermería, con las cubiertas de algodón á cuadros blancos y azules, y en ellas duermen las monjas y las catecúmenas cuando las hay. Otra sala del

primer piso ha sido convertida en capilla, á juzgar por un modesto altarcillo de iglesuela rural. Del uso á que pudieron estar destinadas las demás habitaciones del primer piso no queda el indicio más insignificante. Un príncipe de Acaya que resucitara no podría darse cuenta de ello por más que hiciera. Al través de un ventanillo percibimos cierto deslumbrante fulgor: nos dirigimos precipitadamente á él, en la esperanza de ver algunos fragmentos ó restos de armaduras: eran las cacerolas y los utensilios de cocina. Sin poderlo remediar, asaltóme el despecho y hasta la cólera. Porque la verdad sea dicha: resultaba penoso sobremanera el contraste entre la curiosidad estimulada por mil recuerdos; la impaciente avidez de contemplar, de reconocer, de descubrir, de examinar, de comprender, y la nuda desnudez, la estúpida ignorancia de aquellos muros recién construídos y aquellas escaleras nuevamente edificadas. Hubiese querido tener á mano un rascador y una piqueta, para trabajar como un condenado en desconchar paredes, derribar tabiques y convertirlo todo en un montón de ruinas, con tal de topar con un secreto, con una imagen viva, con una palabra siquiera, relativa á lo pasado, por más insignificante que hubiese sido. Porque no cabe dudar que aquellas paredes escondidas deben haber presenciado no pocas escenas en las cuales desempeñaron papel importante desenfrenadas ambiciones, lágrimas y quejas arrancadas por los celos, gritos jubilosos de victoria, insensatos atrevimientos de audaces pajecillos y secretos de amor y acaso de sangre!

***

Discurrimos lentamente de uno en otro aposento, vislumbrando á cada instante, al través de las góticas ventanas,

encantadores fragmentos de lejanos paisajes; que es lo único, según creo, que no habrá mudado gran cosa de cuanto existe en los alrededores del palacio.

Entretanto, y sin que pudiera evitarlo, preguntábame una y otra vez: —¿Cómo vivían? ¿De qué modo empleaban las horas del día en los tiempos ordinarios?—Y sin saber por qué, imaginaba horas eternas de tedio y aburrimiento, transcurridas en medio del profundo silencio de Pinerolo, amodorrada bajo el sol de Julio, y de las largas jornadas de otoño, durante las cuales el monótono rumor de la lluvia, cayendo cadenciosa y acompasada sobre las losas del patinejo, debía llenar el palacio de tristeza y melancolía. Los pasatiempos intelectuales habían por fuerza de ser escasos por demás en un país en que no existían rastros de arte, ni de literatura, y en el cual la ciencia y la erudición eran patrimonio exclusivo de contados monjes, escasos juristas y algunos notarios. Los temas de conversación debían consistir por punto general en los amores y chismecillos de las cortes vecinas, en especial de Saboya y de los marquesados, y en los matrimonios y aventuras de la nobleza feudal desparramada entre Perosa y Turín. También hablarían frecuentemente, en familia, de los asuntos, ora arduos, ora extravagantes que daban pie á los numerosos litigios que fallaban los jueces de los Comunes, contra cuyas sentencias se acudía en apelación á los príncipes. Las audiencias concedidas á los castellanos y á los adelantados; la llegada de los correos de Chamberi; la aparición de un capitán aventurero que iba á ofrecer su espada ó á sentar las condiciones mediante las cuales podría contarse con sus gentes, debían constituir acontecimientos extraordinarios, asunto de largas discusiones. Toda aquella política insignificante y embrollada, propia de Estados microscópicos; todas aquellas

contiendas interminables á que daba pie la posesión de un castillo roquero, de un molino, de un palmo de tierra, debieron dar lugar naturalmente á debates interminables, en los cuales se aducían opiniones sutiles y argumentos alambicados, en los que se repetía la misma cosa cien y cien veces. De fijo debieron constituir materia de privilegiada conversación, antes y después de los sucesos, las justas y los torneos con que se celebraban los esponsales y las paces; y aquellos bizarros banquetes en que se servían lechones dorados con fuego en la boca y becerros enteros con un verdadero jardín encima. Los perros y los caballos no les darían poco en qué pensar, y por lo mismo que eran más jóvenes que nosotros, hojearían con más frecuencia y más asiduamente el libro de la imaginación.

A la vida puramente física concedíanle mayor importancia. Las gentes del palacio debían recogerse muy temprano, de regreso de sus fatigosas y regocijadas excursiones, aquellos días en que los absortos pineroleses habían visto pasar envueltas en una nube de polvo, que el sol doraba con sus rayos esplendentes, á Isabel de Acaya rebosando satisfacción, seguida de numerosa tropa de jinetes, de pajes y de lebreles.

En cambio, qué vida más distinta, qué emociones más violentas las que debían experimentar en tiempo de guerra, cuando desde lo alto de las torres y de los campanarios exploraban la llanura los vigías numerosos, y la ciudad entera se conmovía á una voz ó en vista de una señal. Desde las ventanas de su palacio, como desde las tribunas de un palenque, contemplaban las princesas las gentes de armas que, después de haber salido por las puertas de la ciudad, se extendían formando columnas á lo largo de la campiña y ocupaban las colinas, que se veían coronadas de pendones y armaduras.

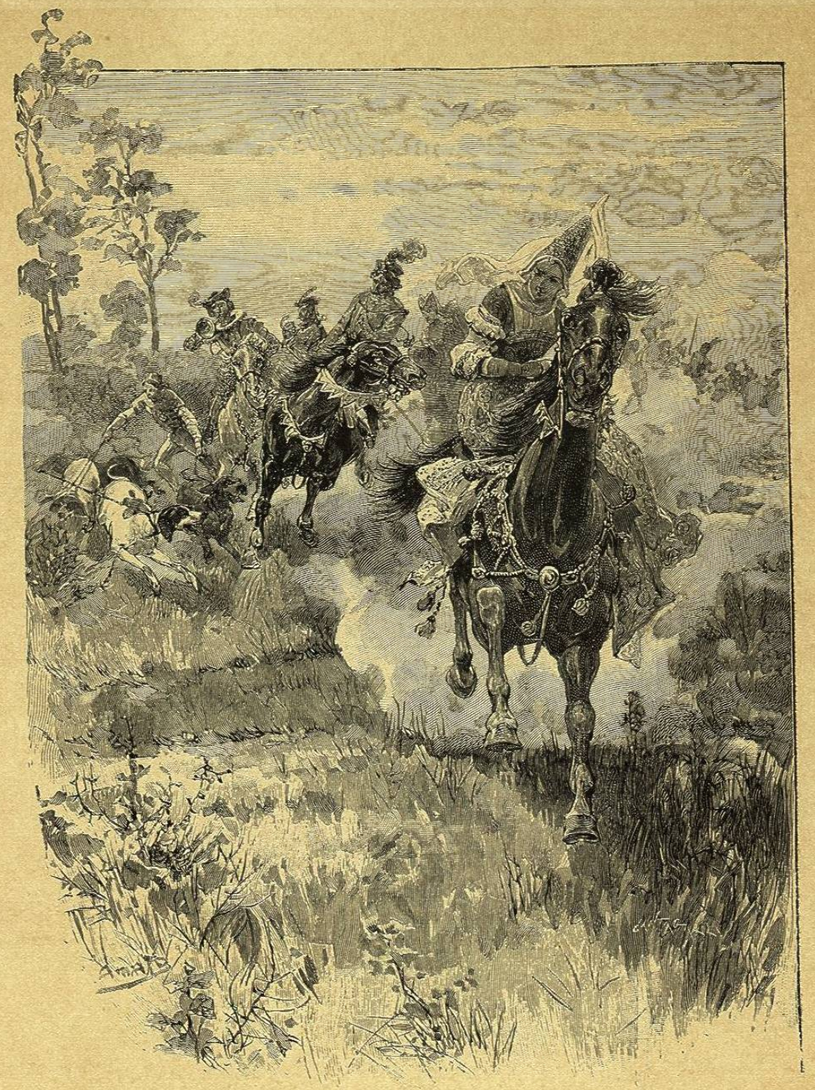
Puertas de Italia.

... habían visto pasar, envueltas en una nube de polvo, á Isabel de Acaya

empeñadas interminables á que daba pie la posesión de un castillo ruinoso, de un pedazo de un palmo de tierra, debieron dar lugar [illegible] á debates interminables, en los cuales se adornan [illegible] sutiles y argumentos alambicados, en los que se repite la misma cosa cien y cien veces. De fijo debieron [illegible] materia de privilegiada conversación, antes y después de los [illegible], las justas y los torneos con que se celebraban las esponsales y las paces; y aquellos bizarros banquetes en que se servían lechones dorados con fuego en la boca y [illegible] enteros con un verdadero jardín encima. Los [illegible] y los caballos no les darían poco en qué pensar, y [illegible] que eran esos jóvenes que [illegible], hojearían con [illegible] y sólo [illegible] el libro de la imaginación.

A la vida pensadora Italia concedíanle mayor importancia. Las gentes del palacio debían recogerse muy temprano, [illegible] de las largas y regocijadas excursiones, aquellos días en que los [illegible] piineroleses habían visto pasar envueltas en una nube de polvo, que el sol doraba con sus rayos esplendentes, á Isabel de Acaya rebosando satisfacción, seguida de numerosa tropa de jinetes, de pajes y de lebreles.

En cambio, qué vida más distinta, qué emociones más violentas las que debían experimentar en tiempo de guerra, cuando desde lo alto de las torres y de los campanarios exploraban la llanura los vigías numerosos, y la ciudad entera se conmovía á una voz ó en vista de una señal. Desde las ventanas de su palacio, como desde las tribunas de un palenque, contemplaban las princesas las gentes de armas que, después de haber salido por las puertas de la ciudad, se extendían formando columnas á lo largo de la campiña y ocupaban las colinas, que se veían coronadas de pendones y armaduras.



Puertas de Italia.

... habían visto pasar, envueltas en una nube de polvo, á Isabel de Acaya